

pero los *guías* nos lo han vedado, diciéndonos que ya ha pasado la estación en que puede acometerse tal empresa sin gravísimo peligro.

Y aquí me han contado muchas historias de viajeros aplastados por témpanos desprendidos de la alta bveda azulada...

Apartémonos, pues, de este sitio; montemos en nuestros mulos; atravesemos otra vez el valle de *Chamounix*, y emprendamos la subida á la *Flechere*, donde nos aguarda la mejor vista que puede disfrutarse de toda la cordillera del *Mont-Blanc*.

Porque dicho se está que nosotros no vamos á subir á la cumbre del coloso. Esto requiere tres días de una penosísima ascension, pasando dos noches en medio de las nieves; lo que quiere decir que solo puede realizarse en muy pocos días de los meses de julio y agosto.—Por lo demás, y segun el voto de los principales viajeros que han hecho esta escursion, el espectáculo que se disfruta desde arriba no vale el trabajo ni los peligros que cuesta; pues es tal la neblina que despiden los Alpes, vistos desde aquella altura, que en los días mas serenos solo permite distinguir confusamente los rasgos principales del paisaje, como por ejemplo, la cadena del Jura y la de los Apeninos.—El *Mont-Blanc*, como todas las grandes cosas, es para mirado á cierta distancia.—No es la mejor manera de ver un árbol, encaramarse por sus ramas y ocultarse entre sus hojas.

La *Flechere*, á donde nosotros nos dirigimos, es un monte de seis mil piés de elevacion, que se levanta frente por frente del *Mont-Blanc*. La asociacion de *guías* ha edificado en su cumbre una buena casa, que viene á ser como un palco ó un observatorio, desde el cual, segun hemos dicho, se domina la gran cordillera mejor que desde ningun otro punto.

—Ya no esperábamos volver á subir este año á la *Flechere*, nos dicen los *guías*; de modo que lo habíamos encerrado todo hasta el verano venidero. Durante el invierno, la nieve sirve de guardian á los muchos enseres que tenemos allí... Ustedes serán los últimos que visiten este año aquella altura.

En esto ya hemos atravesado el valle y principiado á subir de nuevo.

Es cerca de las doce, y el sol sale en este momento para los habitantes de *Chamounix*.

La áspera cuesta,—la mas áspera que he subido desde que me conozco,—hace unos redoblados *zigzag* por un bosque de piños, que parecen brotar de la misma nieve.

Cuando salimos de este bosque, ya nos encontramos á una altura extraordinaria sobre el valle de *Chamounix*. A cada momento volvemos la cabeza para ver el *Mont-Blanc*; y aquí reparamos que á medida que nosotros subimos, el *Mont-Blanc* parece subir tambien; es decir, que cuanto mas nos elevamos, mas por debajo de su cima nos creemos.—Lo mismo sucede cuando se discute con una alta inteligencia, ó cuando se leen muchos libros; que á medida que se remonta uno, encuentra mas y mas inaccesible el pináculo de la sabiduría.

Seguimos caminando, ó por mejor decir, escalando el monte. Los mulos no pueden mas. La senda tiene una inclinacion de 75°, y la determina un pedregal

cubierto de nieve y hielo. Echamos pié á tierra... ¡Qué fatiga! ¡Y qué hambre! —Los *guías* nos impidieron ir á almorzar á *Chamounix*, anunciándonos que en lo alto de esta montaña encontraríamos algun refrigerio... Pero ¿cuándo llegaremos á lo alto?

.....
Han pasados dos horas. Hémos al fin en la *Flechere*.

Desde aquí vemos toda la blanca cordillera del *Mont-Blanc*, todos los *glaciers*, todos los picos en su verdadera altura, todo el valle, en fin... desde el punto por donde entramos ayer en él hasta el *Col de Balme*, por donde saldremos mañana...

Porque ya es indudable que podemos saltar desde aquí á Italia, atravesando parte de la Suiza, hasta encontrar el Simplon. La *Tete Noire* no está tan nevada como temíamos.

Pero mirad al *Mont-Blanc*... Vedlo ahora levantado sobre todos sus émulos.

Aunque el día no puede ser mas sereno y trasparente, vése una especie de nube sobre la cima del gigante. Desde esta mañana la estoy reparando; pero hasta este momento no me he persuadido de que no es una nube: es una cosa como humo, es un vapor plateado, es una irradiacion semejante á la que en algunas noches purísimas de enero vemos alrededor de la luna.

De cualquier manera que sea, ello es que esa nube recuerda el humeante penacho que ondea sobre los volcanes.—Al decir de los viajeros (y ya lo veremos nosotros, si Dios quiere), la cima del *Vesubio* humea de este mismo modo.

Así, pues, el *Vesubio* y el *Mont-Blanc* son dos gemelos coronados.—Aquel, el rey del fuego; éste, el rey de la nieve.

En este instante diera yo cualquier cosa por estar enamorado de una hermosísima rubia, blanca y fria como el hielo, insensible y coqueta como un diablo, para compararla con el *Mont-Blanc* y compararme yo con el *Vesubio*.—¡Y qué buena égloga (de un género nuevo) se podria componer con este motivo!—Aviso á los interesados.

Después de contemplar durante mucho tiempo el espectáculo de tanta y tanta blancura, (contemplacion en que se van las horas sin sentir, como en la del mar, en la de las estrellas y en la de todo lo que es grande y monótono), hemos entrado en la casa de los *guías*, donde estos nos habian preparado ya una mesa con galleta, queso, nueces y un vinillo delicioso, que por el solo hecho de encontrarse aquí, se halla casi helado.

—Si quieren ustedes descansar, nos dicen nuestros conductores, allá tenemos hasta tres camas para viajeros; pero si prefieren ustedes ver el *Album de la Flechere*, que es curiosísimo, encenderemos la chimenea y estarán con mas comodidad.

Nosotros optamos por esto último.

El *Album de la Flechere* es un enorme volumen en que cada viajero escribe lo que se le antoja. Ya está casi lleno, y hállase redactado en todos los idiomas europeos, desde el portugués hasta el ruso, desde el griego hasta el inglés.—La

traducción de aquel tomo á una sola lengua, constituiría un precioso libro, lleno de originalidad, de ingenio, de gracia y hasta de ciencia y de poesía. Allí cada uno ha reflejado su carácter, ha dado la medida de su inteligencia y hasta ha revelado el espíritu de su país. Por lo regular, el asunto que tratan todos es la hermosura del *Mont-Blanc*. Unos la cantan; otros la niegan; estos maldicen las incomodidades que les ha costado; aquellos la comparan con otras maravillas del globo; quién la dedica versos; quién caricaturas; muchos se contentan con escribir un nombre; no pocos refieren toda una historia. Pero lo que mas me llama la atención son las ardientes polémicas que se han armado en este libro entre personas que no se conocen.

Figuraos que llegó un inglés y dijo: v. g.

—«Hay una cosa blanca que me gusta mas que el *Mont-Blanc*, y es la espuma de la cerveza.»

Leyólo un francés, y puso por debajo:

—«Este inglés es un imbécil.»

Pero vino otro inglés y dijo:

—«Para imbéciles, usted y toda la Francia.»

A lo que añadió un ruso algunos sarcasmos acerca de la alianza anglo-francesa, y un polaco una maldición contra la Rusia, y un alemán una burla del polaco, y un italiano una mofa del alemán, y un español una censura al italiano, y un portugués un insulto al español, y otro inglés un discurso filosófico acerca de la paz universal, la fraternidad humana y la abolición de los ejércitos.

Una de las polémicas mas recientes versa sobre la anexión del *Mont-Blanc* á la Francia, y son de ver las cosas que los italianos y los ingleses han escrito sobre este particular.

De lo dicho se deduce que el *Album de la Flechere* y todos los de su clase que se encuentran en lugares desiertos, son unos temibles periódicos en que se escriben apreciaciones que no pueden hacerse en los diarios de las capitales; son como la estatua en que los romanos fijaban los pasquines; son una especie de carnaval en que todos se dicen la verdad sin rodeos ni circunloquios; son, en fin, para el observador atento, toda una exhibición de conciencias.

Este libro no lo ve jamás autoridad ninguna ni nadie es responsable de lo que en él se escribe, y sin embargo puede leerlo todo el mundo...—Figuraos lo que se dirá en él contra los reyes y contra los pueblos, contra las cosas y contra las personas.

En esto escuchamos un tremendo estampido, mucho mas fragoroso que el de anoche...

—¡Avalancha! ¡Avalancha! gritan los guías... Miren ustedes... allá... en la *Mar de Hielo*...

Salimos á la puerta, y en el mismo instante truena, segunda vez la nieve, y vemos caer de la *Aguja Verde* una gran mole, que levanta al chocar con el hielo una especie de polvo blanquecino, y luego sigue rodando y rugiendo hasta perderse en los barrancos que confluyen en la *Mer de glace*...

¡Qué horror! Ya ha desaparecido el alud, y todavía rechinan en el aire los crujidos de los hielos quebrantados...—Se diría que asistimos al simulacro de un terremoto.

Al mismo tiempo, y cual si la catástrofe le hubiese abierto camino, aparece la luna por detrás de una nevada loma que va á morir en un bosque lejano.

Son las tres y media de la tarde, y el sol ha desaparecido ya de este angosto horizonte; pero su luz dorará todavía durante dos horas toda la alta region de las montañas.

La luna está en creciente, y por lo tanto, solo presenta una estrecha faz iluminada. Su blancura no iguala ni con mucho á la del monte de que se destaca lentamente; pero así y todo, me hace el efecto de una pluma despeinada y luego desprendida de las alas de una gigantesca paloma.

Con que volvamos á Chamounix; que en esta elevación, donde no puede vivir ni el heroico pino, hace ya un frio irresistible.

Pero no creais que vamos á bajar como hemos subido. Quédese esto para las mujeres, para los viejos ó para los que no conozcan la vida de las montañas. Vamos á bajar por *escotillon*; quiero decir, no vamos á bajar, sino á precipitarnos rectamente en el valle...—Aquí tenemos el lecho de un torrente, seco todo el año, menos la primavera, en que da paso al agua producida por el derretimiento de las nieves... Coloquémonos en medio de él; echemos el cuerpo atrás, apoyándonos en el baston calzado de hierro, en la misma actitud que queda un pasiego despues de dar su clásico salto; clavemos los talonés en la nieve; hagamos un esfuerzo, y dejémonos ir...

Esto es delicioso, y no ofrece ningun peligro.

¡Así deben bajarse las cuestas que pasen de cuarenta grados...

Quando os canséis ó tropedéis con un obstáculo, nada os será mas fácil que sentaros ó tenderos...

De este modo se desanda en quince minutos todo lo que se anduvo en tres horas...

Y esto nos ha pasado á nosotros...

Apenas son las cuatro de la tarde, y ya estamos de vuelta en Chamounix.

Los mulos no llegarán aquí hasta las seis.

Entre tanto, nosotros hemos hecho con el viejo capataz de los guías el ajuste del viaje de mañana, el cual no puede verificarse sino en mulo, pues el camino es infernal y casi tan áspero como los que hemos andado hoy.—Se trata de salir del dédalo de montañas en que nos hemos metido.

—Mañana á la tarde, nos ha dicho el honrado jefe, llegarán ustedes á un terreno llano, habitable y muy frondoso: pasado mañana dormirán en la Suiza alemana; y al dia siguiente volverán á enfrascarse en nieves y hielos; atravesarán el *Simplon*, y bajarán á hacer noche en Italia.

—¡Italia! hemos exclamado Iriarte y yo con verdadera idolatría.

—Antes de llegar á aquella hermosa tierra, nos ha replicado el anciano guía con cierta emulación; aun tienen ustedes que admirar muchas maravillas en el

seno de los Alpes. Mañana la *Tele-Noire*; pasado mañana el *Valle del Ródano*; y al otro día, el soberbio camino abierto por Napoleón el Grande en la región de las nieves eternas... ¡Oh! ¡ya verán ustedes!...

Después de esta conversación, que ha reanimado nuestras abatidas fuerzas, y nos ha hecho desear el día de mañana con todos sus trabajos y fatigas, me he venido á sentar en unos trojes, en mitad del valle, donde escribo estas líneas, presenciando uno de los cuadros mas grandes que puede ofrecer la naturaleza, y lamentando con toda mi alma no ser el primer paisajista del mundo para trasladarlo al lienzo con todas sus tintas, con todos sus fulgores.

Por vía de despedida del *Mont-Blanc*, y en tanto que nos preparan la comida en el hotel, voy á procurar daros una idea de este momento, que no olvidaré nunca, y cuyas solemnes emociones resucitan en mi corazón una inefable poesía...

Ya son las cinco. El sol, que como os dije, desapareció hace hora y media de este limitado horizonte, ilumina aun toda la gran cordillera que se extiende ante mis ojos.

El cielo, hácia la parte de Poniente, ostenta un color verde claro que nunca habia visto en él.

Una montaña negra, tapada de árboles, y otra montaña blanca, abrumada de nieve, se juntan allí por sus bases, abriendo luego ancho camino á las luces suaves del ocaso.

Una ilusión óptica producida por el desvanecimiento del crepúsculo, me hace creer que el *Mont-Blanc* avanza, se me acerca, se me viene encima...—¡Oh... qué fascinación ejerció sobre mí en este momento!

Mientras he afilado el lápiz, la decoración he cambiado completamente.

La nieve se ha vestido de color de fuego, y aquella nube que ha coronado todo el día la eminente cima del gigante, parece ahora un velo de oro...

¡Oh Dios mío! ¡Qué pureza de reflejos y matices! ¡Qué nitidez! ¡Qué limpieza!

Diríase que toda la disforme sierra se ha inflamado en el momento que el sol acaba de ocultarse para ella.

¡Sublime apoteosis!...

¡Estos son resplandores de gloria!... La nieve arde en un amor divino... Yo no habia soñado nunca semejante magnificencia!

Y todavía... todavía es *luz directa* del sol, la que enciende aquella escelsa y soberana cumbre.

¡Ah! el dios de los astros defiende todos los días á la magestad del dios de los montes y permanece en su cima algunos instantes mas que sobre las otras alturas! ¡Y qué grato es ver desde la noche de los valles aquella plácida luz, recuerdo de un día pasado; aquel sol de nuestro *ayer!*...—Son las últimas caricias que Febo enamorado hace á la cándida montaña... Es una tierna despedida en que los besos del osado amante enrojecen la púdica faz de la inmaculada nieve...

Entre tanto, resuenan en el valle los repetidos ecos de mil voces concertadas

formando un cántico solemne que parece ser la poética y sencilla historia del día que acaba de morir. Las esquilas de los ganados que vuelven á sus rediles, los



Vista del valle del Ródano. (Suiza.)

murmillos de las aguas, los gritos de los pastores que se llaman y se buscan en las sierras, el plañidero y vibrante son de la campana de la Abadía que llama á los fieles al *Rosario*, todo se combina en un solo acento que flota en el espacio encerrado por los montes; todo recuerda los afanes de la vida, y los años pasados en idénticas tareas, y la inevitable muerte que sigue á las cotidianas luchas del hombre...

Pero ya no veo... entremos en el hotel...

¡Adios para siempre, inolvidable día! ¡Adios, deseos ya cumplidos! ¡Adios, esperanzas trocadas en recuerdos!... Adios...

Y tan cierto es que ya no se veía, que no puedo descifrar la última línea que escribí ó quise escribir á tientas en esa hoja de mi cartera de viaje.

V.

Otra vez Suiza.—*La Tete-Noire*.—Unas inglesas.—El Valle del Ródano.—El Monte San Bernardo.—Martigni.—Sobre los tontos.—Sion.—Brig.—Entreveo la Alemania.—Prisioneros de Castelfidardo.—Paso del Simplon.—El hospicio.—Los perros.—Aparición de Italia.

A la mañana siguiente, muy tempranito, salimos de Chamounix, ginetes en los mismos mulos que ya conocéis.

A eso de las diez, llegamos á la cabeza oriental del valle, y encontrando allí un sitio en que penetraba el sol por entre dos montañas, echamos pié á tierra; desliamos una merienda que nos habían preparado en el hotel la noche antes, y almorzamos como unos príncipes... sobre el duro y helado suelo.

Luego volvimos á montar, y emprendimos una subida tan áspera y peligrosa como la de la *Flechere*.—A las doce perdimos ya de vista el valle de Chamounix y la cadena del Mont-Blanc, encontrándonos engolfados en un laberinto de nieves y peñas que parecía no tener salida.

Tocamos al fin á la cumbre, señalada con una gran cruz, y entramos en un terreno quebrado y lleno de precipicios, en cuyo fondo se veían algunas cabañas y hasta pueblecillos de pastores...—pero pueblos y cabañas que solo tienen habitantes durante el verano, y que por consiguiente, estaban ya cerrados y desiertos.

Mas no continuaré adelante sin daros una ligera idea de estos que he llamado *pueblos*.

Las casas son de madera, y muchas veces no descansan en el mismo suelo, sino en unos altos zancos. De este modo los torrentes, que se las llevarían en otro caso, en tiempo de las grandes lluvias, pasan por debajo de ellas sin perjudicarlas.—Sobre los techos, que son de ramas, se ven enormes piedras, puestas allí á fin de que el viento no los arrebate; y aun así y todo, nosotros encontramos ya hechas pedazos algunas de estas miserables viviendas.

Segun avanzábamos, la senda y el paisaje eran cada vez mas atroces. A nuestra izquierda abría siempre un abismo su lóbrega boca; y allá, en una hondura que causaba vértigos, bramaba un rio misterioso que lleva el lúgubre nombre de *El Agua Negra*.

Así caminamos hasta descubrir una casita preciosa, de aspecto inglés, en cuyo frente se leía con grandes letras: *Hotel de la Cascada*.

Nuestra jornada habia mediado. Echamos pié á tierra, y mientras que los mulos tomaban un pienso, nos dirigimos en busca de la cascada que da nombre á aquel hotel.

La excursion era de media legua, y por un camino propio para águilas; pero el espectáculo valia la pena de tan áspera subida.

Un rio, *la Barberine*, procedente de una altísima montaña, se precipitaba de un solo salto sobre *El Agua Negra*. La violencia de la corriente era espantosa, y la altura de la cascada inmensa. El monte de granito, labrado incesantemente por las despeñadas aguas, se habia partido en dos, formando un hondo tajo en que hervían y rabiaban las blanquísimas espumas. El estruendo asordaba la comarca.

Nosotros nos hallábamos en un balcon de palo, osadamente construido en uno de los bordes de aquel abismo, y volado, por decirlo así, de tal manera, que podíamos tocar con la mano la recia columna de cristal que formaba el rio en medio del aire.—Era una situación conmovedora,—y realmenté el balcon se conmovia sin cesar, como si amenazase hundirse;—era, sí, una situación interesantísima; pero desgraciadamente, aquel balcon era obra del dueño del *Hotel de la Cascada*; estaba reconocido por un ingeniero y garantido de seguridad, y el asomarse á él costaba medio franco por persona.

De vuelta en el hotel (en donde nos dijeron que todos los ingleses tomaban allí una copa de *cognac*, para reparar las fuerzas que habian perdido al subir á la cascada, y que nosotros debíamos hacer lo mismo; pues hasta en la *Guía del viajero en Suiza* encontraríamos semejante prescripción), volvimos á montar en nuestros mulos (con los que yo empezaba á reconciliarme, hasta el punto de haber bautizado al mio con el nombre de *Anexionado*), y seguimos nuestro camino, departiendo amigablemente con los *guías*, que eran ya para nosotros un antiguo y grato conocimiento.

A un tiro de fusil del *Hotel de la Cascada*, pasamos el *Agua Negra* (que no lo era sino de nombre), por un puentecillo de mala muerte, en que, al decir de nuestros conductores, terminaba la Saboya, esto es, la Francia (antes la Italia), y principiaba el canton del *Valais*...

Volvíamos, pues, á entrar en Suiza.

Ningun hecho, ningun signo nos demostró al principio semejanté tránsito.

Un poco mas lejos encontramos las ruinas de una muralla en que hubo una puerta...

Allí hay ahora una casilla en que un viejo soldado suizo, de clásico aspecto, vestido con cierto *negligé* de guerra, y provisto de la indispensable pierna de palo, os pide con muy buenos modos el pasaporte; lo sella sin mirarlo; recibe una peseta ó cosa tal, y os saluda reverentemente...

Ya no podíamos dudar que habíamos pasado la frontera.

Un poco mas adelante empezamos á encontrar gente campesina, y *chatets* ó cabañas, cuyas chimeneas humeantes daban indicio de que no estaban desiertas.

El camino que seguíamos era una cornisa tallada en la roca. A nuestros